

UNA LECTURA MÉDICA DE "LA FLOR PUNITIVA"

EN UN DIÁLOGO DE FICCIÓN BIOGRÁFICA, DONDE SE SUPONE QUE conversan sobre López Velarde diversas personas que lo conocieron, Guillermo Sheridan (*Un corazón adicto: La vida de Ramón López Velarde*, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 182) introduce "La flor punitiva" como un "texto del que usted extrae, doctor, sus pálidas alusiones a la sífilis" del poeta. Está claro que la insinuación es novelesca.

El texto aparece en las *Obras* (edición de José Luis Martínez, FCE, 1971, p. 247), y no permite extraer alusiones a la sífilis, ni a otras posibles causas de muerte. Lo que sigue es un comentario desde un punto de vista médico.

LA FLOR PUNITIVA

A Mario Torroella¹

Una vez y otra vez envenenado en el jardín de los deleites,² no asomaron ni la desesperación, ni la venganza, ni siquiera un inicial disgusto. Antes bien, germinó la solemne complacencia de los señalados por la diosa. Y en las rituales resignaciones, roja como el relámpago de una bandera, sólo se afanaba la sangre, queriendo escapar en definitiva.³

Pasajera de Puebla, pasajera de Turín, lo mismo da. El frenesi masculino, sin caer en estulticia o en bajeza, no puede exigir legalidad a las distribuidoras de experiencia, provisionalmente babilonicas. Estimemos, al contrario, que sazonzando nuestra persona la libren de lo insulso y le inculquen el vital sentido de que toda raíz es amarga.

Los rectores de la multitud, llámense políticos, sabios o artistas, producirían obra más ilustre si se repartiese entre ellos un prudente número de contagios.

Si pagar es lo propio del hombre, paguemos nuestras supremas dichas, abominando de esa salubridad que organiza las islas del Mar Egeo en compañía de seguros.⁴

Un orangután en primavera divide sus chanzas entre los viejos verdes y los jóvenes en blanco. El furor de gozar gotea su plomo derretido sobre nuestra hombría; inútil y cobarde querer salvarnos de la crapulosa angustia. Al cabo, una ancianidad sin cuarentena suspirará por la mesa de operaciones.⁵

¹ El Dr. Mario Torroella (1886 - 1966) es una de las figuras señeras de la medicina en México, uno de los pioneros de la pediatría, quien, como todo médico joven que entonces iniciaba su carrera, ejercía la medicina general.

La dedicatoria de un texto directamente relacionado con enfermedades venéreas a un médico que además era su amigo

personal, deja muy pocas dudas sobre la causa. Seguramente el Dr. Torroella trató a Ramón de sus enfermedades venéreas.

² El texto empieza diciendo "Una y otra vez envenenado en el jardín de los deleites", lo cual es una clara referencia al carácter repetido de la experiencia, conectada con las relaciones amorosas, en vista de que "germinó la solemne complacencia de los señalados por la diosa", que obviamente es Venus. Esto sugiere la adquisición reiterada de una enfermedad venérea.

Clásicamente se conocen cuatro padecimientos distintos adquiridos por contacto sexual, que son la gonorrea o bleenorragia, la sífilis, el linfogranuloma venéreo o enfermedad de Nicolás y Favre, y el chancro duro o chancro de Ducrey; estos no son todos, y en años recientes se han agregado otros, entre los que sobresale el sida, además de la uretritis no gonocócica, la uretritis por clamidias y otros gérmenes, las infecciones por virus como los del herpes o los del papiloma, etc. Sin embargo, en las primeras dos décadas de este siglo y para usos prácticos, la única enfermedad venérea que tenía un carácter recurrente era la gonorrea.

³ Al terminar el párrafo, el poeta se refiere a la sangre "roja como una bandera... queriendo escapar en definitiva", lo que a primera vista podría sugerir hemorragia. Sin embargo, al margen de que las hemorragias no forman parte de los síntomas de ninguna de las enfermedades venéreas, la referencia va precedida de la frase "Y en las rituales resignaciones", lo que probablemente indica los períodos de abstinencia sexual impuestos por la infección y su tratamiento. En fin, parece razonable entender que la mención de la sangre tiene que ver con el deseo, que no puede ser satisfecho durante la enfermedad.

⁴ El segundo párrafo es una caballerosa absolución de toda culpa a las prostitutas que contagiaron repetidas veces al poeta, a las que no se les "puede exigir legalidad". Con estoico desprendimiento, concluye que "toda raíz es amarga."

En el tercer párrafo emerge la ironía del poeta, al llamar la atención al carácter humanizante del sufrimiento producido por el contagio venéreo, que seguramente contribuiría a que la obra de los "rectores de la multitud" fuera "más ilustre". Y en esa misma tesitura, en el cuarto párrafo el poeta acepta pagar el precio del amor "abominando" las medidas profilácticas aconsejadas por los médicos para evitar la enfermedad.

Nada en estos párrafos desentona con una enfermedad dolorosa, pasajera, repetida, superable y hasta "recomendable", pero sí con la sífilis: indolora (en sus primeras etapas), permanente, irrepitable, insuperable (entonces).

⁵ El quinto párrafo encierra dos imágenes también muy sugestivas de que el poeta se refiere a la gonorrea. La primera

es la de que "en primavera" el contagio acecha por igual a los "viejos verdes y a los jóvenes en blanco", o sea que tanto los que ya han sufrido contagios previos como los todavía impolutos corren el mismo riesgo de adquirir la enfermedad. La segunda es que "una ansiedad sin cuarentena suspirará por la mesa de operaciones", lo que sugiere la experiencia del poeta en los tratamientos de su tiempo para la gonorrea. Como no había antibióticos, las uretritis gonocócicas se trataban con lavados de la uretra con soluciones desinfectantes (el violeta de genciana era un favorito), introducidos por medio de sondas uretrales. Las curaciones se llevaban a cabo en el consultorio del médico dos o más veces por semana, con el paciente acostado en la mesa de exploraciones, siempre eran molestas, ocasionalmente podían ser muy dolorosas, y nunca estaban exentas de complicaciones tan graves como temibles. En la página 183 del libro de Sheridan hay una ilustración de un consultorio médico de la época, con una mesa de exploraciones como la que debe haber visto el poeta, y que confundió con una "mesa de operaciones".

Creo que el diagnóstico más probable de "La flor punitiva" es el de gonorrea. Las otras tres enfermedades venéreas (sífilis, linfogranuloma venéreo y chancro blando) pueden descartarse: son crónicas, no son recurrentes y producen complicaciones tardías más o menos graves. Pero debe recalarse que, con

excepción de la sífilis, ninguna de esas enfermedades venéreas es letal, salvo en muy raras circunstancias. En cuanto a la sífilis, en su evolución puede pasar por tres etapas: 1) la lesión primaria, que es el chancro sifilítico, es una úlcera pequeña localizada en los órganos genitales que tarda unos 30 días en curar espontáneamente; 2) las lesiones secundarias, que aparecen semanas o meses después de la lesión primaria, se presentan sobre todo en la piel y en la mucosa oral, y también son autolimitadas; 3) las lesiones tardías se presentan de 2 a 40 años después en no más del 20% de los pacientes y afectan sobre todo al sistema nervioso y al corazón. De toda esta patología, la única lesión sifilítica que puede matar es la cardíaca.

Tomando en cuenta la sintomatología de la enfermedad que llevó a la muerte al poeta (padecimiento febril agudo con gran debilitamiento, tos, dolor torácico e insuficiencia respiratoria) es casi seguro que el diagnóstico correcto sea el de neumonía lobar aguda, que fue el que se hizo entonces. En el acta de defunción que reproducen Elisa García Barragán y Luis Mario Schneider (*Ramón López Velarde. Álbum*, UNAM, 1988, p. 196) consta que el Dr. Pedro de Alba certificó bronconeumonía como causa de la muerte. Ninguna de las enfermedades venéreas mencionadas arriba produce algo semejante. Por lo tanto, no creo que su muerte haya tenido nada que ver con sus contagios venéreos.

UN COMENTARIO SIN ESPECÍFICO

GUILLERMO SHERIDAN

Dr. Pérez Tamayo:

le agradezco, como lo harán otros aficionados al poeta, su "Lectura médica de *La flor punitiva* de Ramón López Velarde". Considero ahora mi deber proponer ciertos matices a mi entender pertinentes.

Efectivamente, en ese diálogo imaginario (que no ficticio) en el que sus amigos conversan sobre López Velarde, en la página 182 de mi libro, le adjudico a "Rafael López" el craso error de suponer que "La flor punitiva" alude a la sífilis, asunto que usted rebate puntualmente en su lectura. Mi intención, de la que no estoy seguro que se haya usted percatado, no fue avalar esa frase de "Rafael López", que es un personaje del relato al que usted confunde conmigo.

"López" exterioriza una conseja que, aunque nos desagrada, forma parte de la leyenda lópezvelardeana. Si yo le doy cabida es, en todo caso, precisamente por fidelidad a esa leyenda que, como señalo en la "Advertencia", tenía que ser redactada sin escatimar contundencias ni posibilidades. El hecho es que existe la tesis de que la neumonía difícilmente habría bastado para aniquilar a un hombre de esa edad y ese tamaño. Se piensa, desde luego, que el estado de profunda depresión que padecía López Velarde en esos meses finales habrá propiciado la evolución del mal; pero también que la posible existencia

del morbo gallico, que exacerba todo proceso agudo o crónico, pudo causar un agravamiento.

Es obvio que el rumor ambiental de la sífilis pertenece a una zona ambigua y conjetural que, no obstante, pensé que debía sopesar si aspiraba a reflejar, como señalo en la misma advertencia inicial, "el caos de rasgos humanos que deja tras de sí, como una estela, toda existencia."

Sospecho que emplea usted la palabra "novelesco" como calificativo. Si es así me permitirá estar en desacuerdo, pues ese uso hace de lo novelesco algo "puramente imaginario", como dice el diccionario. Y esto puede ser imaginario, pero como parte de una *imago* legendaria que acompaña —mínima y despreciable nota de pie que nos irrita a todos— la vida de López Velarde. Creo que, hasta que no existan pruebas en contrario (y el certificado del Dr. de Alba, íntimo de la familia, es documento parcial), más allá de "La flor punitiva", la conjetura sobre la sífilis de López Velarde, desagradable y todo, cae en la categoría de *lo posible, que no probable*. Nos falta mucho que descifrar en la atribulada y enigmática vida de este hombre. Parte de esos enigmas son los de índole médica, en especial los cardíacos... Yo me limité a confirmar las escasas certidumbres demostrables y a recoger las demasiadas conjeturas para, en todo caso, apresurar el trabajo que aún está por hacerse.